



XXXII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

**“Todos han echado de lo que les sobraba,
ésta ha echado de lo que necesitaba,
todo lo que tenía para vivir”**

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos bíblicos antes del comentario

Lecturas: 1 Reyes 17,10-16; Hebreos 9,24-28; Marcos 12,38-44

En el evangelio de este domingo seguimos atentos, acompañando a Jesús durante sus últimos días en Jerusalén. Es interesante la secuencia –y la contraposición- de los dos momentos que Marcos nos transmite: la crítica demoledora a los escribas, y el elogio de la generosidad de una viuda pobre. Dos modelos de religiosidad, de entender y vivir la relación con Dios o, quizá, de expresar quién es el Dios en el que se cree. No es la única vez que Jesús los contrapone.

En el evangelio de Marcos, si lo comparamos con el texto paralelo de Mateo (Mt. 23), llama la atención que la crítica va dirigida sólo a los escribas y no a los fariseos y escribas como es frecuente en Mateo. Fariseos y escribas aparecen relacionados algunas veces en los evangelios como si constituyeran un grupo homogéneo. Tienen algo en común: se interesan por la Ley (Torá) y las Escrituras. Los fariseos vienen de una tradición –los “piadosos”- que reivindicaba la observancia estricta de la Ley. Los escribas, llamados también “Maestros de la ley”, se caracterizaban por el estudio y la interpretación de la Escritura, formaban sus escuelas y ayudaban a la gente sencilla a un mejor conocimiento de los Libros sagrados y de su doctrina. La gran mayoría de la gente no sabía leer y desconocía la lengua hebrea en que estaban conservados los escritos. A los fariseos la gente común los aceptaba y seguramente admiraba por ser un ejemplo de buenos israelitas cumplidores de la Ley. A los escribas los respetaba y honraba por su sabiduría y su enseñanza.

Y entonces, ¿por qué Jesús los critica con tanta dureza? Ciertamente no por su observancia, ni por su dedicación al conocimiento y la enseñanza de la Escritura. El problema en unos y otros deriva de que se sienten mejores que los demás, los

* Ciclo A

verdaderos judíos, desprecian a los que no son como ellos y los descalifican como “pecadores” (Lc.18,11) e “ignorantes” (Jn. 7,49). Se convierten paulatinamente en los más críticos de Jesús porque “éste acoge a los pecadores y come con ellos” (Lc. 15,2). Con paciencia y pedagogía Jesús responde a la crítica a su persona con las parábolas del pastor que sale en búsqueda de la oveja perdida (Mt.18,12), la mujer que barre su casa hasta encontrar la moneda extraviada (Lc.15,8) y la del padre que espera, sale al encuentro, acoge y hasta hace una fiesta “porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado” (Lc. 15,24). En las tres parábolas queda claro que Dios no es el implacable juez de quien se aleja o desvía, sino el pastor, la mujer y el padre que se desviven con amor y misericordia por quien se aleja, extravía o pierde.

Centrándonos en la lectura de hoy, la dura crítica de Jesús se dirige a los escribas a causa de su afán de distinguirse, “pasear con amplio ropaje”, sentirse más que los demás, y reclamar los puestos relevantes de honor y privilegio en las sinagogas y en las reuniones sociales. Y, quizá lo más grave para Jesús, enriquecerse a costa de “las viudas”, engañándolas “con el pretexto de largas oraciones”. Hacen de su prestigio y saber “religioso” un comercio y estafa a personas vulnerables, como eran las viudas, desprotegidas en aquella sociedad. “Guárdense de los escribas” implica una crítica severa, desautorizando su comportamiento, pero también una advertencia a la gente para que no escuche y dependa de quienes confunden -y se aprovechan de ello- el servicio de su conocimiento religioso con prepotencia que somete, crea dependencia y despoja. La crítica y la advertencia de entonces se actualizan hoy en la crítica del clericalismo y en el justo reclamo de un mayor protagonismo del laicado –mujeres y varones- como parte del pueblo de Dios en la vida de la Iglesia, en la liturgia, en las decisiones y en la reflexión.

El siguiente episodio es ciertamente conmovedor y nos acerca a esa actitud de Jesús, atento a la cotidianidad sencilla de la vida de las personas insignificantes. Sentado junto a un lugar importante del Templo, “el arca del Tesoro”, donde la gente piadosa deposita sus ofrendas, observa cómo los poderosos y los pobres van dejando sus limosnas como expresión generosa de su religiosidad. “Muchos ricos echaban mucho”. De pronto algo le llama la atención: “Llegó también una viuda pobre y echó dos moneditas, o sea, una cuarta parte del as”, que era una moneda de muy poco valor. Era una mujer, además viuda, es decir indefensa, y pobre, insignificante, y su ofrenda, sin importancia económica para quienes habrían de contabilizar los aportes al Templo. Jesús se conmueve ante lo que acaba de ver, no puede callarlo, llama a los discípulos y les comunica interpretando con otro criterio lo que acaba de suceder: “esta viuda ha echado más que todos los que echan en el arca del Templo”. El criterio no es el de la cantidad monetaria, sino el de la generosidad de su fe. “Pues todos han echado de lo que les sobra, ésta en cambio ha echado de lo que necesitaba, todo cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir”. Una manera de expresar que para ella Dios es lo primero y más importante, puede darlo todo porque toda su confianza está puesta en él. Es la fe sencilla de los pobres, que con frecuencia nos cuesta entender y valorar. De alguna manera Jesús ve en la generosidad de esta mujer -“ha dado todo lo que tenía para vivir”- un reflejo y anticipo de su entrega –su propia vida- por la causa del reino de Dios.

Gustavo Gutiérrez resaltaba la importancia de lugar desde donde uno observa y ve la realidad, Los criterios para valorar las acciones de las personas resultan ser otros: ya no la visibilidad del rito, ni la cantidad de las ofrendas de los ricos, sino el desprendimiento originado por el amor y la confianza, que constituyen la verdadera medida para el Padre.

La primera lectura nos introducía en esta perspectiva. Una mujer viuda en su pobreza comparte con el profeta Elías lo poco de harina y aceite que le quedaba. Lo hace temerosa y a la vez confiada en la palabra de Yahvé: “el cántaro de harina no quedará vacío, la aceitera de aceite no se agotará”. La fe sencilla de la viuda pobre alimenta su capacidad de acoger y compartir desde su pobreza.

Estamos en otros tiempos, pero se repiten los mismos gestos de sorprendente generosidad en las mujeres del “vaso de leche”, de “las ollas comunes” y “los comedores”, de “los botiquines” y de “las asociaciones o comités de madres”. En muchos casos motivadas por su fe religiosa; en otros, por su amor solidario que, a fin de cuentas, según Jesús, también “a mí me lo hicieron” y será motivo de “entrada al Reino” (Mateo 25).

De alguna manera, en el gesto de la viuda pobre Jesús reconoce, resumido y practicado, lo que había querido proponer en la primera Bienaventuranza, tanto en la versión de Lucas: “los pobres”, como en la de Mateo: “los pobres en espíritu”. “¡Felices!” porque han acogido y viven el Reino de Dios. Dar todo lo que se tiene a Dios en el darse cotidiano a los demás, y de manera preferente a los pobres, resume la espiritualidad que Jesús vive y propone.

El texto de la Carta a los Hebreos continúa en su reflexión sobre el misterio salvador de Cristo, que resume en las siguientes palabras: “entró en el mismo cielo, para presentarse ante la faz de Dios en favor nuestro... mediante su sacrificio”, es decir la ofrenda de su propia vida. Ya no los sacrificios de animales, sino la entrega de la vida en servicio a los demás, es lo que realmente agrada a Dios y tiene un valor de salvación.

En estos tiempos de precariedad y de pandemia, esta lectura nos invita a superar los confinamientos del corazón que nos encierran en nuestros problemas, y nos alienta a saber compartir preocupación, tiempo y pertenencias con quienes lo necesitan más. Es la buena manera de ofrecerlos, como la viuda pobre, a Dios.